

—A veces llamo por teléfono a mi madre, pero no digo nada, solo la escucho hablar. Ella suele decir: “Hola, hola, ¿quién llama?”. Solo eso. Después cuelgo. Puede parecer que no me importa, pero por dentro no, por dentro... esa voz todavía duele tanto...

Han pasado ocho años y aún no se le ha caído la postilla,
la orografía desértica que lleva entre los dedos
como una cordillera, del meñique al pulgar,
marcada en una estufa al rojo vivo por su madre.
— ¡Perdóname mamá, no sé por qué lo he hecho!
Pedía misericordia con una voz de pájaro
al que después de haberle arrancado los ojos
se le empuja al vacío de los acantilados.
Pero la madre ebria, loca de miseria, toxicómana
de su resentimiento, aprieta aquella mano pequeñita
contra el hierro candente.

Ni los gritos enfrían el castigo,
¡qué sabe un hierro al rojo de clemencia!

Ella mira el estigma. Sabe que no se irá.
Ha visto aquella costra, igual que el magma frío, acumularse
demasiadas veces sobre las cumbres de esas cicatrices.

“Rusia es un buen país para vivir. Después de EE.UU. es en el que hay más gente cuyas fortunas pasan de los mil millones de euros, pero el 60% de los rusos sobreviven con menos de 300 euros al mes. No parecen importar los grandes atascos en las calles o el mal estado de las carreteras, los concesionarios de Rolls Royce, Aston Martin y Mercedes-Benz no paran de vender coches. La demanda de obras de arte, objetos exclusivos y cirugía estética se ha incrementado de forma exponencial.

Viktor estudió medicina, pero gana cien veces más organizando fiestas para millonarios. Dice que no basta con encargar litros del champán más caro, ha de haber emoción, riesgo y, sobre todo, lujo. Algunos de sus clientes juegan a ser mendigos y recorren la ciudad pidiendo limosna —vigilados por sus guardaespaldas— solo para divertirse. Hay millonarias rusas con faldas microscópicas y botas Pretty Woman que para buscar algo de emoción se hacen pasar por prostitutas. A Viktor, lo que más le solicitan es que organice viajes, bailes de disfraces en fabulosos edificios históricos y conciertos de figuras del pop, como Kylie Minogue o Robbie Williams, y con famosos de Hollywood entre los invitados. Dice que han llegado a pagar un millón de dólares a Jennifer López por actuar en una fiesta privada. La ciudad es inagotable en ofertas para gente que carezca de complejos. La noche de Moscú invita a perder el dinero, la memoria, la vergüenza”.⁽³⁾

El periodista cierra su libreta de notas. Desde los ventanales de un hotel en la ribera oeste del Moscova, las bóvedas de oro y las iglesias, con sus inmensas cúpulas de helados de colores, parecen decorados para un cuento de hadas. Va cayendo la noche sobre el río. La ciudad encendida fluye como un desfile de galaxias.

Nastya no necesita jugar a la indigencia ni contratar a Viktor para encontrar el riesgo o perder la memoria y la vergüenza. Camina contra el viento por las calles, los brazos apretados sobre el vientre como si alguna parte de su cuerpo tratara de escaparse sin permiso.

—*Quiero morir* —dirá, y un dolor estridente
capaz de abrir los ojos del Mar Muerto
canta una letanía dentro de su placenta.
Sobre un charco de orina bailan chorros de sombras.
Su diminuto mundo excomulgado se alarga sobre ellas
y hoza entre los cimientos de aquella realidad desbaratada.
La nieve brilla encima de unas gafas.
—*El dolor pasará* —le dicen los reflejos de esas lentes—. *La vida
continúa. Ya lo sabes.*
Escucha a esa mujer que hay detrás de las gafas.
Intenta convencerla de que debe volver al orfanato,
de que la vea un médico. —*Tienes que alimentarte* —le repite.
La escucha desde abajo, aún en cuclillas, y se ve duplicada
sobre aquellos cristales de sus ojos.
Le gustaría creer en sus enredos,
pero de sobra sabe qué envoltorios recubren *La matrioshka*.
Con sus nalgas casi sobre la nieve mira al cielo.
La niña ve una yegua encaramada
sobre una multitud enardecida.
Tiene los ojos y los labios verdes
y unas alas de bronce tan hermosas
que no permiten levantar el vuelo.
El animal desde su cumbre observa los límites de un mundo
que esos seres humanos tan pequeños no alcanzan a soñar.

Ella escucha a la yegua diciéndole al oído:
*“Aunque envidies mis alas, soy una estatua ecuestre
que gobierna la estirpe de los tristes.
Un pedestal de carne que se oxida
y se corroe bajo los excrementos
de un coro de palomas que sí vuelan”.*
La mujer de las gafas sigue hablando, pero la niña escucha
solo el eco de aquellos labios verdes:
*“Un pedestal de carne que se oxida.
Un caballo con alas que no vuela”.*

El dolor no se conmoverá con sus gemidos.
—*¡Como mi madre no! ¡Yo no quiero ser como mi madre!*
Pero la sangre es sorda y obedece
únicamente a sus propios infortunios.

Ahora la nieve es roja por una incoherencia que ha nacido
lisiada, como parida a lomos de una silla
eléctrica, hija de la fractura y del relámpago,
con la espina dorsal roída por el miedo.

Una yegua, con ojos oxidados
y unas alas de bronce tan hermosas
que no permiten levantar el vuelo, mira el mundo
con los ojos absortos de un cadáver.
En el suelo, una mortaja con élitros prestados
escucha los proyectos de la nieve que mientras se derrite
legisla sobre su propia consistencia.

Un cordón umbilical hace preguntas
que unos ojos de bronce han respondido.

Un muñeco de nieve le sonríe
entre las manos de un taxidermista.